

res y de las justificadas recompensas que se quedan inutilizados en el servicio de las armas.»

No es en manera alguna nuestro ánimo censurar la Guerra, porque trate de corregir abusos que intenten, evitando á la vez que el honroso uniforme militar á la holgazanería, á la vagancia y á la repugnancia de explotar indignamente á la caridad pública. Mas el derecho y aplaudiendo el intento, lícito ha de ser que las principales observaciones sobre la forma y los medios de la disposición que nos ocupa.

Parécenos, en primer lugar, un tanto pretenciosamente confirmada por los hechos, la afirmación de que las justificadas recompensas á cuantos quedan inutilizados de las armas.» No presumimos de «conocedores de asuntos militares,» pero, aun sin serlo, dada la exigüidad de recursos de Inválidos, sabidos los apuros del Erario público, y sobre todo, en cuenta la duración y el encarnizamiento de la guerra, cabe dudemos, dicho sea de paso, que el Ministerio de la Guerra, que sean tan pronto y tan numerosos cuantos tienen la desdicha de quedar inútiles en la guerra.

Por otra parte, y esta es la segunda de las objeciones que la circular nos sujere, ¿no pudiera suceder entre nosotros frecuentemente que el casuismo burocrático, su inmediata é ineludible consecuencia, no esterilizan los mejores y mas levantados proyectos en vejatorias las medidas dictadas con el mas piafoso de temer que los trámites y formalidades que, en el camino, han de llenar, segun la circular, así los heridos como los convalecientes, muchos de ellos en menudas marchas, á través de comarcas no siempre fáciles, tocando con autoridades de pueblos no muy abundantes en recursos, dificultados los caminos por la destrucción y abandono que la guerra multiplica; repetimos, que los socorros y las justificadas recompensas señaladas á esos infelices mártires, lleguen por mucho tiempo, cuando hayan, por decirlo así, llegado al doloroso calvario de sufrimientos y miserias que les toca recorrer? ¿Y cabrá censurar á los que, sin poder evitarlo, se peñados en tan tristes jornadas, el que acudan á implorar la caridad pública, aun á la vez que parezca que «pregonan la ingratitud nacional?»

X-rite

mm

colorchecker CLASSIC

LA VOZ DE LA CARIDAD.

LA VOZ DE LA CARIDAD.



~~193121~~

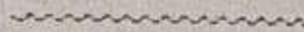
REVISTA QUINCENAL

D

243

DE

BENEFICENCIA Y ESTABLECIMIENTOS PENALES.



DONATIVO DEL Sr. LASTRES

AL

ATENEIO DE MADRID

1907



TOMO 6.º—AÑO 1876.



MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. EUSEBIO AGUADO.

Calle de Pontejos, núm. 8.

ALVARO DE MENDOZA

ALVARO DE MENDOZA

ALVARO DE MENDOZA
1803

ALVARO DE MENDOZA

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 121.—15 de Marzo de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña E. C. de Q. Los desnudos aprovechan la ropa aunque esté muy usada; y nosotros agradecemos mucho la que V. envía, y su constante buena voluntad.

Doña F. L. de A. Llegaron el colchon y las dos butacas; se aplicarán á enfermos á quienes proporcionarán un alivio que Dios pagará á V.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

La espresion de nuestra sincera gratitud por los donativos siguientes:

Una Señora que pide á Dios el fin de la guerra: 80 rs.

Una viuda de un militar andaluz: 2 sábanas, 2 manteles, 7 toallas; todo muy bueno para hilas.

Con las marcas E. P. y E. M.: ropas usadas, muy buenas para hilas y compresas.

Doña Antonia García: trapos muy buenos, hilas, y una camisa nueva.

Por mano de D. M. C.: trapos á propósito para hilas.

Doña Julia Bustamante de Olózaga: hilas.

A NUESTROS CARITATIVOS LECTORES DE PROVINCIAS.

Los repetidos llamamientos que hemos hecho á nuestros lectores de Madrid pidiéndoles trapos, han dado escaso resultado; no consiste en falta de voluntad, sino en que se ha agotado la ropa usada.

Por eso nos dirigimos á las personas caritativas de las provincias, pidiéndoles trapos, y mejor si son un poco gruesos, para poder sacar de ellos hilas: hay muchas manos caritativas que las hagan, pero falta la primera materia. Algunas provincias están tanto ó mas necesitadas que nosotros; pero las que tienen la fortuna de que no haya combates en su territorio, que acudan, por el amor de Dios y de los infelices que caen en los campos de batalla, á socorrerlos si es posible. Que en cada pueblo de los no castigados directamente por la guerra se recoja un lio de trapos, y habrá superabundantemente con qué curar á los pobres heridos. Sean nuestros caritativos suscritores celosos agentes é iniciadores, en su respectiva localidad, de esta cuestacion. ¿Quién niega la limosna de un trapo? Si algunos se recogen, como esperamos, pueden enviarse á la Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, Dos Amigos, 10, donde se pagará el porte de los trapos que se le envíen; cuidando, si vienen por ferro-carril, que no sea en gran velocidad, porque saldrian demasiado caros.

Señores Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Muy Sres. míos y de toda mi consideracion: Suscriptor antiguo y lector constante de su *Revista*, he visto en ella algunas consultas despachadas discretamente, á lo que entiendo, lo cual me ha movido á hacerles otra sobre un caso que no tiene de raro mas que el serlo yo un poco, segun dicen, y lo voy creyendo.

Heredé de mi buen padre algun dinero ganado honradamente, y con él tantos quebraderos de cabeza, que no cabe en la mia cómo hay nadie que se afane por ser rico: y yo se lo llamo al que tiene mas de lo que necesita. Son tantas las cavilaciones que me han traído estos trocitos de metal amarillo con el busto del gefe del Estado, el año de su acuñacion y una leyenda que varía segun las circunstancias, que los hubiera llevado á quien los repartiera bien entre los pobres, si no tuviese hijas que lo serán cuando yo muera, y una muy enferma, que ha de necesitar mucho de las economías de su padre.

Unos cuantos miles de duros eran un cuidado abrumador para quien nunca habia tenido miles de reales. Empecé á desconfiar de la criada, á sospechar del portero, á temer de cierto vecino de la buhardilla que suelo encontrar en la escalera, y que nunca me habia parecido mal encarado hasta que la noticia de mi herencia pudo darle una mala tentacion. En vez de salir todos de casa cuando el tiempo convidaba, como quien deja muy poco que perder en ella, empezamos á quedarnos alternativamente mis hijas ó yo haciendo centi-

nela á nuestro tesoro, con mucho disgusto de no tener la dulce acostumbrada compañía en el paseo, y algun temor del peligro que pudieran correr los que se quedaban en casa.

Con mudarme á otra, depositar mi dinero en el Banco, y la disposicion que tiene el hombre á acostumbrarse á todos los peligros, nos olvidamos enteramente del que pudiera traer una herencia en metálico, que de temor pasó á ser cavilacion para la manera de emplearle. Y no es porque á mí me importara tener el *dinero parado*; las monedas, como los hombres, pienso yo que si han de andar mal, vale mas que se paren; y bien paradas estarian las que se emplean en armas, vestidos lujosos, libros malos, y billetes de la zarzuela ó de los toros.

Volviendo á mis fondos diré, que queria emplearlos convenientemente, no por codicia, sino á fin de que á mi muerte mis hijas encontraran resuelto un problema, para ellas mucho mas dificultoso que para mí. Pasé algunas noches sin dormir nada, y muchos dias comiendo poco. ¿Tomaría papel del Estado, acciones de carreteras, de ferro-carriles, de minas, del Banco de España? ¿Adquiriría propiedades rurales ó ganados? ¿Trataría de plantear alguna industria? ¿Llevaría mi caudal á casa de un comerciante ó banquero que me asegurara un buen rédito? Todas estas soluciones propuestas y discutidas eran desechadas, ya por temor, ya por escrúpulo; porque ni queria perder mi dinero, ni ganar demasiado con él, ni que fuera instrumento de especulaciones inmorales, ni ponerme yo en lucha infructuosa para impedir las. Jamás me habia ocurrido que unos cuantos miles de duros pudieran dar tanto que hacer; no acababa de decidir cómo habia de emplearlos; no volvia el tranquilo sueño ni las ganas de comer; desmejoraba visiblemente, y á muchas personas que me preguntaban si estaba enfermo y qué tenia, hubiera podido responder: *que soy rico*.

Comprendí la necesidad de tomar una resolucion; la tomé comprando una casa en Madrid. Es una propiedad segura, que se podia usufructuar sin escrúpulo; parecióme que estaban algo subidos los alquileres, hice una rebaja, y aunque no faltó quien dijera que habia perdido el juicio, yo gané tranquilidad obrando conforme á mi razon y á mi conciencia, y me volvió el sueño y el apetito: así he pasado dichosamente algunos meses, al cabo de los cuales tengo escrúpulos y ocúrrenme dudas que me han puesto la pluma en la mano para consultarlas con ustedes, Sres. Redactores.

Soy poco amigo de averiguar vidas ajenas, por caracter y por la esperiencia, de que suele aprenderse poco bueno sabiéndolas. No me cuidé, pues, de la que llevaban los inquilinos de mi casa, hasta

que casualmente supe que la de uno de ellos no era conforme con mi modo de ver y de pensar, y que sus acciones son de las que yo repruebo como contrarias á la moral y á la justicia. ¿Debo echarle? Y generalizando este caso particular y buscando un principio fijo y una regla general, ¿debe el propietario de una casa consentir en ella á una persona de mala conducta? El ejemplo y la práctica son un peso bruto que abrumba, no una razon que convence; la burla tampoco resuelve nada; los argumentos que me hacen no tienen para mí peso; y yo siento uno sobre mi conciencia mientras no eche á mí poco honrado inquilino, ó no vea claramente que, sin dejar de serlo yo, puedo tenerle en mi casa. Si ustedes, Sres. Redactores, me ayudan á salir de estas dudas y perplejidad, será un favor que les deba y agradecerá mucho su seguro servidor Q. S. M. B.

Un Suscriptor.

LAS HORAS PERDIDAS.

Por mas que el dolor ó la desesperacion nos constituya alguna vez en situaciones tales de amargura, que parezcan hacernos odiosa la vida y apetecible el descanso del sepulcro, es indudable que, fuera de estos casos en que entra por mucho la impresion acalorada del momento, y esceptuando tambien el caso de un ascetismo religioso llevado á la exageracion, todos amamos la vida como el beneficio mayor que debemos á Dios.

Bien estemos en condiciones de felicidad ó de desdicha, la existencia se aprecia siempre mucho. Así se esplica el que para arriesgarla se requiera un valor extraordinario, una necesidad inevitable, la conciencia de un gran deber ó un acto de heróica abnegacion, y que la salud individual sea lo que mas ocupe ó preocupe á cada uno, con relacion á sí mismo y á las personas queridas. Bien se refleja esto en las palabras del saludo vulgar, lo mismo que del mas cariñoso: todos principian por saber de la salud, como que es la garantía de conservar la existencia.

Si, pues, tan preciosa es la vida humana y tanto la estimamos y la conservamos, natural debia ser que aprovecháramos bien toda ella; es decir, que empleáramos bien todo el tiempo, ya que tan rápido pasa y tan contado está para nosotros en los designios inapelables del Criador.

Si á un hombre desgraciado se le constituyese por ocho dias en un paraiso escepcional de delicias donde nada faltase á su dicha, pero sabiendo que aquello tenia un fin, y que cada hora, cada mi-

nuto que pasase le acercaba á él y le acortaba su estado feliz, ¿comprenderíamos que ese hombre, en vez de gozar de aquella vida, viendo, sintiendo y disfrutando, se embriagase con opio para pasar los ocho dias durmiendo ó en una inaccion estúpida?

Algo semejante nos ocurre, sin embargo, á todos en el curso de nuestra vida. Sabemos que es corta, y lo que es peor, que su duracion no es sabida, como en el ejemplo anterior, sino que puede sorprendernos repentinamente sin que nadie pueda saber cuándo; quizá al que lee este artículo, antes de concluirlo; quizás al que lo escribe, antes de dejar la pluma. A pesar de esto, ni para gozar de esta vida ni para prepararnos para la otra inmortal, aprovechamos, cual parecia exigirlo hasta nuestro egoismo, este corto espacio que hemos de estar sobre la tierra, puesto que dejamos pasar como muertas y perdidas muchas horas que pudieran y debieran serlo de vida, y hasta de utilidad y de lícito placer.

Tenemos, en primer lugar, la pérdida inevitable de las horas del sueño. Por término medio cada persona duerme ocho horas diarias, es decir, la tercera parte de la vida. Cuando uno llega á los 60 años, ha pasado 20 durmiendo. ¡Un sueño de 20 años!.... ¡Cuánto debe sentirse á la hora de la muerte, en que se desea prolongar un dia mas la vida, no haber cercenado algunas á esos 7.300 dias que hemos perdido durmiendo!

Verdad es que esta pérdida es inevitable, dentro de ciertos límites. Dios, al criar al hombre y dotar su cuerpo de una organizacion tan perfecta, quiso exigirle un descanso periódico para la reparacion de sus funciones intelectuales y materiales. Pudo, en uso de su omnipotencia creadora, disponerlo de otro modo; pudo hacer que esas fuerzas fuesen incansables, ó que necesitasen muy poco descanso. No lo hizo asi, y fuera estúpida presuncion querer saber por qué. El hecho es que nos dió una vida cercenada en su tercera parte con una especie de letargo mortal, aunque pasajero.

Pero si esa pérdida de tiempo es inevitable, hay otras que son en nosotros puramente voluntarias y de nuestra exclusiva responsabilidad, y esas pérdidas no tienen disculpa ni justificacion ante la razon ilustrada, ante el sentido comun mas vulgar, ni siquiera ante las exigencias del egoismo.

Se concibe que el hombre pervertido ó accidentalmente extraviado ocupe mal el corto tiempo de su vida; pero lo que no tiene explicacion es que no emplee una gran parte de ese tiempo ni bien ni mal. La ociosidad completa, tanto intelectual como material, es una verdadera insensatez indisciplinable.

A pesar de que nadie negará en teoría esta verdad, todos, unos

mas otros menos, perdemos horas preciosas que son irreparables, y que podríamos emplear útilmente hasta bajo el punto de vista de nuestro bienestar, que suele ser el móvil mas poderoso para la generalidad de los hombres.

Desde luego hay gentes que prolongan innecesariamente esas horas del sueño, verdadera muerte temporal, que tanto podrian y deberian economizarse, y anteponen una soñolencia perezosa, que es la parte mas vulgar de nuestra existencia, á la actividad de las concepciones y de los actos de nuestra alma, que es el distintivo mas precioso de su esencia espiritual.

En el resto del tiempo, cuando ya cesa el sueño por completo, ¿quién no tendrá que acusarse de horas perdidas por su culpa? Ya es una prolongacion abusiva del tiempo dedicado al necesario esparcimiento y distraccion; ya es una série de ocupaciones fútiles, que equivalen á la misma ociosidad; ya es, en fin, un quietismo indolente, útil si al lado del reposo del cuerpo estuviera la actividad fecunda del espíritu, pero insensato si la indolencia trasciende tambien al alma.

En el lenguaje español hay una espresion gráfica que se emplea como un dicho feliz y oportuno, pero que, sin embargo, es un verdadero desatino acusador. Tal es la de *matar el tiempo*, que se usa para espresar cierto modo de ocuparle, es decir, hacer algo para olvidarnos de la lentitud de su curso. *¡Matar el tiempo!....* es decir, matar lo que mas se desea tener; matar lo que tanto sentimos no sea mas duradero; perder voluntariamente lo mismo que quisiéramos fuese eterno; desear vida, mucha vida, é invocar la guadaña mitológica del tiempo para que nos acerque á su fin!.... Lógico puede ser esto en una situacion de ardiente fe religiosa, en que el alma vive deseando morir para resucitar á nueva vida inmortal: entonces, y solo entonces, se comprende eso de matar el tiempo; pero fuera de este caso, no se esplica sino como una aberracion de nuestro espíritu.

Y no se crea por esto que tratamos de exigir de toda clase de personas un trabajo incesante, de cualquier clase que sea, y una actividad automática, proscribiendo toda distraccion, todo reposo y todo placer si es inactivo. No; asi como el cuerpo necesita descanso para recobrar sus fuerzas materiales, el alma necesita tambien otra clase de distraccion, que sirva para conservar su lucidez de percepcion y sus facultades intelectuales y afectivas. La familia, la sociedad, reclaman una parte de nuestro tiempo que, empleado en estos objetos, no es perdido, aunque á veces lo parezca. Pero tras del uso racional y útil de esta parte de tiempo, se desliza el abuso en pro-

longarlo, y entonces empiezan las horas perdidas harto imprudentemente, porque es pérdida que jamás se recupera.

Tal vez se objetará que el hombre constituido en cierta posición desahogada no necesita ocuparse de nada, y es dueño de hacer de su tiempo lo que quiera. En un sentido legal, convenido; pero bajo los principios morales, esa libertad es un abuso indisculpable ante la ley de Dios, y hasta ante la misma sociedad en que vivimos, la cual tiene ciertos derechos sobre sus asociados que, no por no estar escritos en código alguno, dejan de tener su fuerza de conciencia y de convicción.

En primer lugar, bajo un sentido general, nadie está exento de trabajar, desde el simple obrero hasta el hombre más rico. Cuando, en castigo de la culpa del primer hombre, Dios condenó á él y á toda su descendencia *á vivir con el sudor de su rostro*, según las palabras del Génesis, á nadie excluyó de este deber. Si las vicisitudes de la fortuna han hecho á un hombre simple jornalero y á otro rico opulento, el jornalero cumplirá trabajando con sus brazos la tierra, pero el rico no llenará su misión ni será agradecido á la Providencia, viviendo en una holganza estéril para sí y para los demás.

Por lo mismo que el rico no necesita ejercer el trabajo material, tiene mucho campo para otras ocupaciones. Los sagrados deberes de su familia; la instrucción de su inteligencia; la perfección de su alma; el ejercicio de la reflexión de un modo útil; la lectura, base de sabiduría, de placeres y de consuelos; el cultivo de los afectos del corazón: he aquí trabajos elevados propios del rico, con los cuales puede ocupar y no perder muchas horas de su vida.

Hay, sobre todo, una ocupación de que nadie puede considerarse dispensado, que obliga á ricos y á pobres, á cada uno en su posición respectiva, pero mucho más á los primeros; que es la legítima consecuencia de aquel precepto evangélico, tan profundo como sencillo: *Amaos unos á otros*; que es trabajo útil, placer, deber y gratitud. Tal es la ocupación de hacer bien á los demás en toda la ancha esfera en que ese bien puede hacerse.

Antítesis del frío egoísmo que todo lo hiela, la benevolencia caritativa, bajo las diversas fases del *bene facere*, todo lo anima, todo lo resuelve, y además del bien material que en cada caso produce, impregna las relaciones sociales de un perfume de ternura y de bondad, que sería capaz de regenerar el mundo si todos nos inspirásemos en su verdadero espíritu. Jesucristo, además de su esencia divina, fue, bajo el punto de vista humano, el legislador más sabio y el filósofo que mejor penetró las profundidades del corazón humano y las llagas sociales, cuando puso por primer precepto moral la obli-

gacion de amar, que es la obligacion mas provechosa y mas dulce de cumplir.

Si pues el *bene facere* es deber y es placer, ¿sería mucho exigir que de las veinticuatro horas del dia destinásemos, por ejemplo, un cuarto de hora, tan solo un cuarto de hora, á pensar ó hacer algo en beneficio de nuestros semejantes? Quien tiene ocho ó diez horas de sueño y otras tantas de placer ó de ocupaciones en provecho propio, ¿haría nada heróico ni imposible con destinar quince minutos á pensar en un proyecto de utilidad general, á socorrer á un desgraciado, á consolar á un amigo afligido, ó hacer alguna de esas sencillas *obras de misericordia* que para todos son obras meritorias, y para nosotros los cristianos son además preceptos religiosos y divinos?

El célebre Lord Palmerston decia, que la sociedad se transformaria del modo mas admirable con solo que cada hombre se encargase del patronato de otro que lo necesitase. Nosotros pediríamos aun menos que el estadista inglés. No pretendemos imponer eso que exigiria en casos dados todo el tiempo, no; tan solo un cuarto de hora al dia. De cada 1.240 minutos, 15; la deduccion no puede ser mas llevadera, ni la exigencia mas modesta.

Y sin embargo, con solo hacer esto, cercenando para el bien ajeno un cuarto de hora de las que todos perdemos inútilmente, ¡cuánto bien podria resultar á la sociedad! ¡Cuántas desgracias tendrían remedio, cuántas miserias alivio, cuántos dolores consuelo! ¡Cuánto se derretiria al calor del amor del prójimo el muro de hielo que el egoismo levanta entre el que goza y el que padece; hielo que enjendra la envidia, y que va formando lentamente esas pavorosas cuestiones socialistas que tanto alarman ya, y que tan facil solucion pueden tener con solo observar de buena fe aquel precepto evangélico!

Si esto se considera una utopia, á la prueba. Haga cada cual la esperiencia en sí mismo; destine durante un mes el cuarto de hora al ejercicio del amor al prójimo en los términos compatibles con su posicion, y al cabo del mes, cuando examine el bien que ha hecho durante esos treinta cuartos de hora, es seguro que se aficionará al buen empleo del tiempo, y condenará cual nosotros las *horas perdidas*, como pérdida insensata por ser voluntaria, y grave, por no haber medio de recuperar lo que ha caido en el abismo insondable del tiempo pasado.

Antonio Guerola.

CUADROS DE LA GUERRA.

IX.

Aquella poblacion, asentada sobre la márgen derecha del Ebro, parece desierta. La noche está oscura y fria; una de las últimas de diciembre.

El reló de la iglesia ha dado las doce; las vibraciones de la campana se han prolongado en el profundo silencio que reina.

Nadie transita por las calles sin alumbrado; ni ruido se percibe; ni luz se ve en las casas. Pensadores no hay allí que mediten á tan altas horas; los trabajadores hace muchas que duermen; los viciosos tambien se han recogido ya. Algun enfermo que no puede descansar, algun asistente caritativo que no quiere dejarle solo, algun triste que no tiene fuerza para sobreponerse á su pena, son los únicos que velan.

Si la imprevision no fuera patrimonio del hombre en general y del español en particular, causaria mucha estrañeza ver gente que ha empuñado voluntariamente las armas en tiempo de guerra, con el enemigo enfrente, y sabiéndolo, reposar tranquilos cada cual en su casa, sin un vigilante, sin un centinela, sin precaucion alguna, como si el hogar fuera un sagrado, y se disfrutara en buen hora de paz bendita.

No lejos del pueblo que duerme, atraviesa el rio numerosa tropa de gente armada. Allegadiza parece y poco temible á la luz del dia y en campo descubierto, pero muy propia para inspirar temor de noche á quien no la espera, y de improviso se ve á merced de su voluntad. Marcha en silencio y cautelosa; precédenla algunos ginetes, y aunque saben que no hay peligro, parece que temen, como suele acontecer al que de noche va á hacer daño. Éntranse por la poblacion, como quien la conoce bien, haciendo fuego donde quiera que ven luz; no la hay mas que en casa de algun enfermo, pero así se ha mandado.

A las detonaciones de la pólvora se une bien pronto el estrépito de las puertas golpeadas con las culatas de los fusiles, ó derribadas si no se abren pronto, y las voces de los que amenazan y de los que suplican.

Los hombres de armas que se duermen como insensatos, es muy frecuente que se despierten como cobardes. Así acontece allí; no hay brazos para la defensa, sino pies para la fuga. Es difícil: los

perseguidores saben las casas de los perseguidos; en ellas los sorprenden, y sin resistencia los llevan á un depósito improvisado en union de algunos vecinos pacíficos, pero ricos, de quienes se espera un cuantioso rescate: el de los otros debe aprontarlo el pueblo; ellos son pobres.

Los invasores pasan una especie de lista; la traen de las personas que han de cautivar, y notan que faltan algunas; destácanse varios grupos para buscarlas. Uno de ellos entra en una casa donde un niño duerme y una mujer llora.

Llora la triste porque se han llevado á su marido, y cada tiro que oye cree que es el que la deja viuda. Aterrada está escuchando los gritos de los que oprimen, los ayes de los oprimidos, y viendo los fogonazos, única luz siniestra que por un momento ilumina la oscuridad. Quiere, á través de ella, ir en busca de su compañero; quiere ir á pedir por Dios que no le maten; decir que es un hombre honrado, padre de un hijo inocente, y esposo de una mujer que le ama. Su dolor es tanto que, á su parecer, han de moverse á piedad. Resuélvese á implorarla; va á salir, pero de repente se detiene. Una mujer tan joven, sola en la oscuridad entre aquella soldadesca..... no se atreve.

Vacila; inmóvil está y como clavada; si no temblase, parecería la estatua del dolor. Un recuerdo viene á sacarla de aquella inmovilidad, y le da un poco de ánimo como la voz de un amigo. Viénele á la memoria lo que ha oído decir alguna vez, que los hombres respetan á una mujer que lleva un niño en los brazos, y corre á buscar el suyo. ¿Quién insultará la debilidad, la inocencia y el dolor?

Ya está en la puerta, cuando le gritan ¡atrás! voces amenazadoras. Vienen en busca de su padre y sus hermanos, acusándola de tenerlos ocultos. Discúlpase con la verdad, y es que no sabe de ellos. Mándanla encender luz; obedece, y despues de haber vuelto el niño á la cuna, recorre toda la casa alumbrando á los que la registran y la obligan á precederlos. ¿Quién pintará su terror renovado en cada habitacion, pensando que allí pueden estar los suyos y ser inmolados á su vista! En su doloroso aturdimiento entra dos veces en una habitacion y déjase otra sin visitar, escitando la cólera de los perseguidores, que juzgan muy conforme á derecho que una mujer contribuya cordialmente á entregar á los suyos. La ira tiene tambien su código. Suben, bajan, abren puertas y alacenas, lo registran todo, no encuentran nada. Falta un cuarto que comunica con aquel en que el niño duerme; entran, y ven abierta una ventana que da á la calle; ocúrreles si se habrán escapado por allí los que buscan;

pero antes de que lo digan, se oye una detonacion, y la joven cae atravesada por una bala. Asómanse, y gritan á los de afuera:

—¿Qué haceis? Por poco nos matais. Habeis dado á una muchacha.

—Tenemos orden de tirar donde haya luz.

Apáganla los de la infructuosa pesquisa, y vánse sin dar socorro á la joven que, bañada en su sangre, le pide por Dios. ¿Cómo se podrian ir?

La desdichada da voces lastimeras. ¿No las oye nadie? ¿Llegan á oídos sordos á la piedad, por el miedo que envilece ó por el odio que irrita? Se ignora. Lo único cierto es que la sangre corre por la ancha herida sin que nadie la ataje, y que la desdichada mujer llama sin que nadie responda á su voz desgarradora.

Alguno responde al fin. El niño que está en la cuna llora; su madre le oye; todavía quiere acallarle; todavía halla fuerzas para arrastrarse hasta él; todavía le coge y le pone al pecho, al pecho que va á dejar de latir! ¿Qué le diría? ¿Qué habrá sentido al estrecharle por última vez contra su corazon, y verse morir, y dejarle tan tierno y tan querido sin madre! En aquella oscuridad, en aquel abandono, en aquella agonía, sin una mano que estrechase la suya, sin una palabra que respondiera á sus ayes, sin una lágrima que la ungiera con su amor, víctima inocente de furor impío, ¿dió su último aliento en congojosa desesperacion, ó murió resignada? ¿Quién lo sabe! Cuando salió el sol, cuando vino el médico y se acercó desolado á la hija de su hermana, no pudo penetrar el terrible secreto; no podia revelar un niño dormido sobre el pecho de su madre muerta.

Concepcion Arenal.

BENDITA SEA SU MEMORIA.

Acaba de morir en Inglaterra Mr. Atwood, anciano muy rico que vivia enteramente retirado de la sociedad. Se ha descubierto que dicho Señor fue uno de los pocos hombres á quienes se puede dar el nombre de bienhechores de la humanidad. Los libros de Mr. Atwood demuestran que empleó en los últimos años de su vida 350.000 libras esterlinas en socorrer á individuos que habian acudido á él. Mr. Atwood ha dejado unos 5.000.000 de pesos, sin conocersele pariente alguno.

LAS VIOLETAS.

POR CLARA CHANCEL.

(Traducido por Doña P. F. y M.)

I.

En un elegante y perfumado gabinete parisien, sostenian una interesante conversacion Rogelio de Benorel y Julia De Ipone.

Los dos eran jóvenes, bellos, ricos, y para complementar el cuadro, diremos que iban á casarse en un breve plazo.

En el momento en que los encontramos cómodamente instalados delante de una lujosa chimenea (era el mes de noviembre), madama De Ipone acababa de dejar la habitacion; estaban, pues, solos, y aprovechaban esta circunstancia para hacer con toda libertad proyectos para el porvenir, vogando á toda vela por el Océano de la ilusion..... Cuando digo que *se aprovechaban de su soledad*, no soy exacta; Julia sola hablaba y Rogelio escuchaba en silencio, limitándose á dirigir de vez en cuando á su futura alguna mirada, que espresaba mas alarma que satisfaccion.

Cuando, despues de haber recorrido con el pensamiento todo el círculo de los placeres mundanos, se detuvo al fin, sus grandes ojos chispeantes buscaron los de Rogelio.

—¡Y bien! le dijo, ¿por qué estais hoy tan serio? ¿Por qué no hablais? ¿En qué estais pensando?

—Pienso, respondi6 despues de un instante de vacilacion, que siguiendo ese programa nos será difícil tener en toda la semana una sola hora de tranquilidad, de calma, de intimidad; y sin embargo, yo hubiera querido..... yo esperaba que no rehusaríais conceder á vuestro marido algunas horas cada dia para dedicarlas á alguna lectura, algun paseo, ó alguna conversacion interesante solo para los dos..... Luego, seremos tan ricos! ¿No os parece preciso hacer alguna vez un poco de bien á los desgraciados?

Los ojos negros de Julia brillaron en este instante, no de ternura y felicidad, sino con ironía.

—Sí, exclamó, será preciso que vos tomeis la sotana y yo la toca blanca. ¿No es eso lo que quereis decir?

—Al pronunciar estas palabras lanzó una carcajada, á la que respondió inmediatamente el armonioso canto de un canario. Rogelio grave y sombrío, deseando cambiar de conversacion, levantó la ca-

beza, y vió suspendida delante del balcon una elegante jaula en la que no habia reparado.

—Teneis un pájaro precioso, dijo, ¡qué bonito color, y qué esbelto es!

—¿No es verdad que es encantador, y que he tenido razon para desearle? Es una conquista que he hecho esta mañana; ¿quereis que os la cuente?

Rogelio se inclinó en señal de asentimiento.

—Figuraos, prosiguió Julia, que accediendo á los ruegos de una señora que mamá conoce, he confiado los bordados de mi *trousseau* á una joven pobre, de la calle de San Plácido, que me dijeron tenia mucha habilidad. Pero esos bordados, algo complicados, parecen interminables, y despues de haber enviado varias veces á mi doncella á buscarlos, sin poder conseguir que los trajeran, he tenido esta mañana el heroismo de ir yo misma á casa de esa muchacha, que se llama Ester Obrel. ¡Que ántro, Rogelio! Me he enterrado bajo el techo sofocante de un entresuelo, he penetrado en un cuarto sombrío lleno de chiquillos, infectado por una madre enferma..... Me estremezco todavia de pensarlo..... Pero vamos á otra cosa.

Encontré á Ester trabajando bordando mis pañuelos; estaba rodeada de medicamentos que preparaba, y de hermanos y hermanas, chicos, á los que creo que estaba contando la historia de Francia, lo que no dejó de chocarme algo; me pareció muy jóven y muy bella á pesar de su glacial traje de indiana; pero todo esto es poco interesante, y llego ya á mi canario, que era esta mañana el infortunado habitante del entresuelo en cuestion. Lo ví, me gustó y quise comprarlo: no hay nada mas natural; ¿verdad? Pues bien, resultó de esto una escena inverosímil: los niños empezaron á llorar: la vieja miró con ojos enternecidos á su hija y se opuso á la partida del canario; Ester lloriqueaba tambien un poco: era una comedia en regla. Yo insistí, ofreciendo una moneda de oro, y seducida entonces la bella bordadora descolgó la jaula y me entregó el pájaro. Con dinero se consigue siempre todo lo que se quiere de esas gentes.

Madama de Ipone entró en este momento y le sorprendió la palidez de Rogelio.

—¿Qué teneis, le dijo, estais malo?

—No es nada, señora, pero permitidme que me retire.

—¿Cómo! exclamó Julia, ¿no comeis con nosotros?

—Me veo precisado á renunciar hoy á ese placer.

—Que queda aplazado para mañana, ¿no es cierto? replicó la jóven. Y para indemnizarme de la contrariedad que me causa vuestra ausencia esta noche, me traereis un ramo de violetas. Estos dias me vuelvo loca por ellas. Mirad la sencillez de mis gustos; hoy no he pedido mas que un pájaro y unas violetas. No os olvideis de traerlas.

—Perded cuidado, os obedeceré, dijo Rogelio.

En seguida saludó á las dos señoras y se marchó.

El tiempo estaba malo, como suele estarlo en noviembre; el frio era intenso, y apenas se distinguian en la brumosa atmósfera las brillantes luces del gas. Sin embargo, Rogelio estuvo largo rato en los Campos Elíseos, bajo aquellos grandes árboles desnudos, como si hallase una especie de goce respirando el aire glacial que refrescaba

su ardiente cabeza, esponiéndose al furioso viento norte que parecía aliviar su opresión moral. Andaba de prisa, y su pensamiento no marchaba más despacio. Pensaba sucesivamente en su madre, cuya imagen querida se destacaba luminosa y pura en sus más sagrados recuerdos; en Julia de Ipone, y en sí mismo.

¿Qué era él, orgulloso *gentleman*, brillante auditor del Consejo de Estado? ¿Qué era sino un hombre como tantos otros, teniendo el instinto del bien, el respeto á la virtud y un gran corazón, pero cuyos sentimientos generosos, comprimidos bajo la presión funesta del orgullo y de la ambición, se parecían á un tesoro enterrado? Una mano dulce y piadosa los hubiera desenterrado fácilmente y lo hubiera vuelto á Dios, pero la de Julia era incapaz de esta noble misión. ¿Por qué la había él buscado? ¿Por qué?..... Porque le traía una gran fortuna y un buen nombre; porque le ayudaría á elevarse aún más sobre el pedestal de los honores. Esto era todo; y al principio de este negocio, que un amigo de las dos familias se había encargado de arreglar, Rogelio no conocía de su prometida más que sus ricos trajes y su semblante encantador.

Bien pronto notó que estas miserables ventajas no le bastaban; tuvo otras aspiraciones, otros deseos, y se despertaron las nobles necesidades de su corazón, porque hubiera querido encontrar las dulces virtudes de su madre en la compañera que había elegido.

Cuando, durante la corta escena que hemos referido, intentó sondear el corazón de Julia, se estremeció al encontrarlo insensible como la piedra, y frívolo como el mundo que era su único amor; se espantó del porvenir á que se iba á lanzar con una mujer que parecía burlarse de los deberes del hogar y de las lágrimas de los desgraciados.

Aquella noche sufrió mucho; la brillante posición de su prometida no se le presentaba ya sino como un punto apenas perceptible en un horizonte sombrío, y su pensamiento, arrastrado por una involuntaria compasión, volaba hacia la pobre obrera, que lloraba la pérdida de su pajarito, tal vez su única alegría.

Llegó á su casa triste, fatigado; y cuando, después de largas horas de insomnio, se durmió al fin pensando en Julia, murmuraba todavía:

—¿Tiene corazón? ¿Tiene alma?.... ¿Podré amarla?

II.

Un día brillante siguió al que había parecido tan abrumador á Rogelio, cuya impresionable organización sufrió prontamente su tranquila influencia.

Se reconvino por sus severos juicios de la víspera; se dijo que sin duda Julia había querido únicamente distraerlo con su narración un poco..... (renunció á encontrar la calificación); que él se había mostrado ridículamente sensible y nervioso, y que seguramente era por un raptó de demencia el haber pensado en dejar el edificio de su espléndido porvenir desplomarse al soplo de algunas palabras fugaces.—Después, las mágicas visiones que le habían acariciado cuando pensó en su casamiento, volvieron á flotar ante su imagina-

cion, vió en quel halagüeño espejo cubierto su pecho con todas las condecoraciones de Europa; se vió con su mujer brillando en todas las embajadas, en la Corte, en todas partes..... ¿Qué no vería en aquel momento?.....

Todas las nieblas de su alma se habian disipado con las de la atmósfera, y la imágen de la obrera llorosa habia huido por completo, cuando con paso ligero y alegre tomó el camino del hotel de Mme. Ipone.

El alegre sol de la mañana brillaba todavía; niños y ancianos, pobres y ricos se confundian en la calle para disfrutar de sus últimos rayos; legiones de alegres gorriones cubrian los tejados y los árboles llenando el aire con sus *hurras* placenteros; y algunos tiestos enfermizos que, segun una espresion popular, vivian de miseria como sus dueños, aparecian desperdigados sobre el reborde de algunas ventanas, para tomar tambien parte en la fiesta. Era un espectáculo risueño; pero Rogelio, abismado en sus pensamientos, apenas le concedia una mirada distraida. Iba de prisa, con la cabeza inclinada, cuando al atravesar la calle de San Plácido notó de repente un agradable perfume, que le trajo á la memoria su promesa de la víspera, que ya habia olvidado, y dándose una palmada en la frente se detuvo diciéndose:

—¿Y las violetas? ¿Cómo he podido olvidarlas? ¿Qué me dirá Julia? ¿Me perdonará si llego con las manos vacías?....—No, se respondió tristemente despues de una corta reflexion, creo que no me lo perdonará. Y voy á tener que ir muy lejos á buscarlas, porque por aquí no sé que haya ninguna vendedora de flores..... ¡Qué fastidio! ¡Hoy, que justamente tenia tanta prisa por verla!

En este instante se levantó una lijera brisa, y una segunda ráfaga embalsamada llegó hasta el joven, que mirando hácia el sitio de donde venia, vió en el balcon de un entresuelo una hermosa planta de violetas dobles, aprovechando un rayo de sol.

—Si me las vendieran, se dijo, sería para mí un negocio..... Y ¿por qué no me las habian de vender? añadió despues de haber considerado largo rato los visillos blancos, muy limpios pero escesivamente zurcidos, que cubrian los estrechos cristales. Nada pierdo por probar; si no las venden, iré á otra parte.

Y sin escuchar una voz interior que le decia que aquellas flores no se vendian, y que era muy extraño el paso que iba á dar, subió en dos saltos la corta escalera, y se encontró enfrente de una pequeña puerta, donde dió un golpecito.

—Entrad, dijo una voz armoniosa.

Y él entró, pero no se atrevió á adelantarse; el respeto y el sentimiento de su indiscrecion le clavarón en el humbral de aquel cuarto, cuyo mueblaje consistia en un Crucifijo, algunas sillas de paja y dos camas.

Tres niños se apiñaban delante de la chimenea, que servia de cocina, donde un único leño se consumia lenta y tristemente, como si temiese acabarse demasiado pronto; á cada instante volvian sus miradas hácia una pequeña jaula vacía que estaba colgada en la pared; despues suspiraban silenciosamente, porque su pobre madre, rendida por la fiebre, dormia en aquel momento. Junto al balcon

sentada una joven bordaba con afán. Cuando Rogelio entró levantó la cabeza, dejando ver un rostro hechicero, de una belleza semejante á los tipos pintados por Rafael, con aquellos ojos azules, dulces y graves, aquel cutis trasparente, aquellos suaves contornos y aquellos cabellos de tintas vaporosas que el joven habia admirado muchas veces en los museos de pinturas.

Al entrar allí no pensaba ciertamente Rogelio en la narracion de Julia, pero cuando vió aquella madre tan pálida, aquella jaula vacía y aquella joven vestida de percal oscuro; cuando recordó que el nombre de aquella calle era el que habia citado su prometida, no dudó que estaba en la casa de la obrera despojada de su pájaro, y fue grande su emocion al responder á la joven, que le preguntó lo que deseaba.

—Perdonadme, señorita, la inconveniencia de lo que os propongo; yo queria comprar esas violetas, y las hubiera pagado á cualquier precio, porque las necesito, pero..... lo confieso, he sido muy imprudente, y os pido mil perdones por mi atrevimiento.

—No, caballero, contestó la joven con una melancólica sonrisa; no pensaba, es cierto, en vender mis violetas, pero sin embargo..... añadió con voz temblorosa y dirijiendo una mirada á su madre dormida y á los frascos vacíos que estaban en fila sobre la chimenea..... Sin embargo..... ¡llevadlas!.....

—¡Oh! No, Ester, exclamó la hermana pequeña, niña de unos nueve años; no te desprendas de esas flores á que tienes tanto cariño..... El pájaro comia alpiste, y era un gasto, aunque pequeño, pero tus pobres violetas no necesitan mas que un poco de agua y de sol; tú misma nos lo has dicho, ¿no te acuerdas?

Ester se puso encarnada como una amapola, se inclinó hácia la niña, le dijo rápidamente algunas palabras en voz baja, y luego, dirijiéndose al balcon, lo abrió, cojió sus queridas flores, las contempló un instante y se las entregó al joven.

Este palideció al recibirlas, porque habia visto sobre una de ellas brillar como un diamante una lágrima de la obrera.....

¡Cuántos sufrimientos revelaba aquella lágrima!..... ¿Quiénes serian aquellas mujeres que parecian bien nacidas, y sin embargo vivian tan pobremente?..... ¿Por qué aquella joven tan bella se veia obligada á renunciar á aquellos inocentes goces? ¿Por qué tiritaba bajo un traje de percal?.....

Todas estas preguntas se presentaban juntas al espíritu de Rogelio, á la vez que adivinaba cuán puro y esforzado era el corazon que latia bajo aquel delgado percal, y cuán dolorosos debian ser los misterios que se ocultaban en aquel activo infortunio.

Así que, cuando su mano temblorosa tomó las violetas que Ester le alargaba, cuando echó una última mirada sobre la pobre madre que seguia durmiendo, un sentimiento mas dulce que la compasion penetró en su alma, y turbado como nunca lo habia estado, arrojó con precipitacion un billete de banco sobre la chimenea, saludó á la joven, y huyó llevándose las flores y murmurando:

—¡Algún dia os las devolveré!

(Se continuará.)